PRIMERO, LA POLITICA

Identificación de la juventud con Francisco Franco

PREVIAMENTE a realizar todo estudio comparativo entre dos cosas idénticas y similares, o entre las que pudiera establecerse ciclo de comparación, debe conocerse a fondo las características de cada una de ellas y descubrir todos sus perfiles humanos y físicos, sus rasgos esenciales y característicos, y después, con estos elementos de juicio, verificar el estudio que se propone.

Este es el caso en la identificación de Franco con la Juventud española. No hemos de pretender sentar base ni dejar establecida cátedra, ni menos aún dogmatizar acerca de cosas que ni por edad ni experiencia podemos conocer a fondo. Pero sí exponer, en unas líneas sinceras, de apasionada adhesión hacia Francisco Franco, unas motivaciones que expliquen el fenómeno que hemos señalado de la identificación de nuestras Juventudes con el Capitán de España. Y esta identificación hemos de buscarla históricamente a través de pocos años de existencia: en la vida española, de vida nacional, en que la juventud ha sido y sigue siéndolo la base de esta vida que se inicia en los campos de Marruecos, hacia los años de la insurrección de los moros de Ab - el - Krim, continúa ahora hace veinticinco años con la Legión de Extranjeros, donde los mejores oficiales salidos de las promociones del Alcázar van a llenar los huecos que producen los que caen entre el asedio a los blocaos del Rif y entre las fiebres que exterminan las vidas jóvenes y fuertes de estos hombres apasionados y llenos de vida. Y Franco, comandante a los veintisiete años —"el comandantín"—, que ya sintiera en su carne la desgarradora gravedad de la metralla, y que estuviera al filo mismo de la muerte, es de los que ingresan en el nuevo Cuerpo que había creado el famoso Millán Astray. Aquí empieza la identificación de Franco con la Juventud española. Es entonces cuando los españoles que sienten la grandeza de nuestra Patria van a Africa —la única posibilidad española de boda con la gloria o con la muerte—. Allí están también muchos que hoy son símbolos: Yagüe, Muñoz Grandes y muchos más.

Después son los años de la Dictadura, en que también el triunfo de la Juventud se hace patente. Porque hombres jóvenes de espíritu fueron los que realizaron las tareas que en aquellos días asombraron al mundo, y que en siete años de labor tenaz y callada pusieron a nuestra Patria a la altura de las demás naciones del mundo.

El fervor de la Juventud española no encontró, sin embargo, en la Dictadura ni en sus hombres, el valor dialéctico necesario que movilizara sus ansias revolucionarias ni sus deseos fervorosos de engrandecimiento. Necesariamente, aquel factor habrá de influir poderosamente en nuestras Juventudes. Vinieron los tiempos calamitosos para España de lo que se llamó la "dictablanda", y el motivo, la mística y los deseos de los hombres de la República se llevaron tras sí la mayor parte de la Juventud española —que no era republicana ni monárquica—, pero que sentía dentro de sí la necesidad perentoria de una Revolución Nacional. Y también la República defraudó a la Juventud, porque quizá la Juventud defraudara antes a la República. Nosotros no podíamos estar de acuerdo con aquellos hombres que negaban las esencias tradicionales de España, la Patria, la Religión, la Familia y el Ejército. Por estas razones pronto se vió la diferencia natural y lógica que separaba a nuestra generación de la guerra y la pre-guerra de los hombres dirigentes de la nefasta República española.

Formáronse entonces diversos grupos de tipo político y apolítico, en los que la Juventud habría de encontrar el cauce natural a sus aspiraciones. Las J. O. N. S. de Ramiro Ledesma, los jóvenes monárquicos de Albiñana, las Asociaciones de Estudiantes Católicos, fueron campo para militar nuestros estudiantes, educados en las españolísimas esencias del hogar. Hubo también el grupo contrario, que optó por encuadrar sus ansias de revolución bajo la aspiración internacionalista de la "Komintern" comunista y del socialismo internacional, bajo la dirección francesa. Entonces es cuando la Juventud española empieza a dar norma y señal en la vida política. Surge octubre

de 1934, y es la juventud revolucionaria roja la que se enfrenta a la juventud nacional, representada por nuestro Ejército magnífico, que en unos días aplasta la insurrección asturiana. Aquel intento que el 10 de agosto se malograra en sangre, fué uno más en los deseos de nuestra Juventud por dar término a un estado de cosas imposibles.

El día 18 de julio aparece como enviado de Dios —cuan nuevo Arcángel San Miguel—, Francisco Franco Bahamonde. En él tenía España puestos sus ojos. Era el "deseado", porque se necesitaba de un Hombre capaz de realizar el rescate de esta Patria noble, buena, trabajadora y sencilla, que gemía en silencio el dolor de sus hijos asesinados por las calles a mansalva, el dolor de ver sus templos saqueados, sus hogares hollados por unas turbas que obedecían órdenes extrañas. Este era el panorama español cuando Francisco Franco inicia la reconquista. Y la Juventud se entregó plena y enteramente a la tarea.

Primero fueron aquellos voluntarios que de todos los rincones de España bajaron. De las agrestes montañas navarras, con las boinas rojas, cantando los aires de la tierra, canciones que aprendieron de sus mayores, guardadas celosamente, como la tradición misma que es Navarra. También los falangistas de Valladolid, morenos de soles, camisas azules, y en la flor de los labios un aire de romance, escrito más tarde en sangre en el Alto de los Leones, y marineros falangistas de Cádiz, de Rota y del Puerto, de Sevilla, de Jerez y Córdoba, con Manolo Mora Figueroa, Fernando Zamacola, el de las catorce heridas, y Joaquín Miranda, el que hasta Aznalcóllar, con Sancho Dávila, llevó un día la razón falangista de las pistolas prontas en la réplica al asesinato alevoso; con Pepe (el Algabeño), que después habría de morir en la jaca, para que Sevilla viera desfilar su cadáver, entre los sollozos callados de las mujeres y el dolor sordo en los ojos de los hombres por una muerte que era vida. Y así, miles de cientos, en Galicia y en Asturias, en Castilla y en Andalucía, en Madrid y en Valencia. Toda España fué un grito de angustia y de rebelión. España comenzó a recobrarse, a vivir y a sentir. Y en Franco vió la Juventud combatiente al Capitán. Comienza, pues, el mismo 18 de julio, la identificación de Franco con la Juventud. Y esta identificación que, bajo sangre se escribe y rubrica, dura tres años, en los que Franco dirige la guerra y trabaja en la paz. Su aclamación un primero de octubre, en Burgos, como Caudillo y Jefe del Estado, no es más que la ra-

tificación oficial ante el mundo de un estado de cosas deseado por todo el pueblo español. Lo mismo los que en los frentes de España combaten como los que en la retaguardia trabajan. Por aquellos que lejos sufren, en el rigor de las cárceles rojas, y por los que, escondidos, esperan anhelantes la liberación. España, desde este primero de octubre, tiene Caudillo; su Ejército juvenil tiene Capitán. Por tanto, España se encuentra de nuevo a sí misma. Y lo mismo que en la guerra en la paz. Franco, en interés de España, dictó el Decreto de Unificación, y la Juventud acató entusiasmada, porque también Franco iba a ser Jefe indiscutible del Movimiento.

Bajo estos auspicios de identificación con Francisco Franco, alborea para España la paz en un primero de abril. Las Juventudes que cumplieron en la guerra se van a incorporar a la paz. Con el mismo entusiasmo alegre, con el desenfado a que la guerra ha acostumbrado a nuestros soldados y falangistas, requetés, marineros y aviadores, todos se incorporan a la paz.

La batalla política se inicia. Esta es más dura quizá que la misma de la guerra. Iniciados en la disciplina castrense, nuestros ex combatientes se lanzan por los caminos difíciles de la reconstrucción. Pero estas dificultades son superadas, porque el Capitán de la Guerra es también Caudillo de la Paz. Franco sabe, y también la Juventud, que el uno son para los otros. Así hemos llegado a estos días. Superándonos de un mundo erizado de dificultades y apartándonos sabiamente de los peligros de una guerra de proporciones desconocidas. Este es el triunfo de Franco y de la Juventud.

Al mundo podrá extrañar que exista esta identificación. Pero a nosotros, no. Porque con él luchamos en la guerra y también lo hemos hecho en la paz. Y dispuestos estamos a continuar, conscientes de que éste es el mejor de los servicios a España y a "la Causa de Dios, que —como él nos ha señalado— es la nuestra".

SANTIAGO SOUVIRÓN UTRERA, en *Odiel*, de Huelva, XI-45.

* * *

Carta a un amigo de Bélgica

QUERIDO amigo: Te engañaría si dejara en el tintero que la tuya, después de tantos años de silencio, me ha causado una alegría extraordinaria. Ahí es nada ¡saberte vivo, des-